

Caléndula/ Culo de vieja

La decisión de elegir a la caléndula partió de una sencilla y pedestre intuición personal. Quisiera encontrar motivaciones más profundas pero lo cierto es que este primer impulso es completamente infundado. Diría, algo caprichoso. Tal vez, en la peculiaridad de su nombre esté la clave de este primer envío. Sin embargo, y habiendo transitado algunos senderos que me ayudaran a entender esta enigmática designación, no hay más que intrigas que aún hoy no he podido develar. El porqué de semejante nominalización es todavía un misterio para mí.

Partiendo del prejuicio más o menos generalizado de que las ancas de las mujeres entradas en años están en una situación de inferioridad en relación a las de sus jóvenes congéneres, la tensión entre esta denominación poco generosa, casi al borde de lo grotesco, y el carácter abnegado y poco mezquino de la flor en cuestión, su apariencia sencilla y a la vez, una actitud que pareciera querer esgrimir un orgullo calmo pero también pregnante, recortó rápidamente mi campo de opciones. La caléndula se transformaría así en una suerte de leit motiv, una idea recurrente, rayana en lo obsesivo durante los últimos meses.

Pensar la flor –esta flor- como un ente resistente frente a los embates de los agrotóxicos era la consigna que guiaba el proyecto de Claudia. Por supuesto es esta una reducción atroz de lo que la artista anfitriona propone, al solo efecto de retener el concepto de resistencia. Una resistencia coral que amasaría una metáfora potente: las flores silvestres en la trinchera indócil que se rebelan frente a una mecánica neoliberal global, pero que en nuestro contexto (el latinoamericano) este comportamiento adquiere una potencia diferencial. El debate acerca de la modernidad latinoamericana instaura cuestiones fundamentales que derivan de la diversidad de los lugares de enunciación desde donde se producen las diferentes articulaciones teóricas.

La modernidad se define en y por la colonialidad, siendo ésta última un patrón de dominación que modela un esquema de acción y un marco de pensamiento. A diferencia del colonialismo que refiere a un proceso histórico de opresión y de ejercicio del poder, apoyado en una estructura institucional, militar y religiosa, la colonialidad, en tanto proceso, en cambio, excede al régimen colonial. La colonialidad se ejerce aún en estructuras no-coloniales. Es por ello, que la inflexión decolonial subvierte los estatutos de pensamiento de las corrientes poscoloniales.

Sin embargo, el pensamiento decolonial se sitúa en un espacio diferente al de la narrativa de la modernidad, razón por la cual no se trata de una situación de paraje sino de niveles gnoseológicos diferentes. Mientras que la modernidad se constituye en una dimensión a priorística que sostiene un proyecto de expansión cultural y económica y el *ego conquiro* echa sus raíces en una ontología trascendental donde el ser es el fundamento de la

existencia¹, la corriente decolonial se asienta en principios trans-ontológicos y basan su planteo en la experiencia del encuentro con el Otro. Esta mirada trans-ontológica, de fuerte cuño levinasiano², no hace aparecer a la realidad del Ser sino que se planta en el lugar del desarme y del desguace de este espacio en el que el aparecer del ser difumina al Otro.

Se trata, en definitiva, de un décalage epistemológico. La decolonialidad no opera a nivel discursivo sino que aborda la propia constitución de la episteme moderna. Por eso, no habría una situación de paraje sino una descomposición de la arquitectura epistemológica que sostiene al discurso moderno.

La cesura yo/ellos de la modernidad se diferencia de la del yo/otro decolonial en su carácter intransitivo y transitivo respectivamente. Del “yo existo” –que implicaría que un no-yo que es un no-existente y que deviene existente por obra y gracia de mi conciencia³- pasamos al “yo soy amado” levinasiano. Desde la condición de “ser amado” o desde la conciencia de “no ser amado” se abre una instancia crucial, un punto de quiebre inapelable: si soy amado, soy “amado por” e introduzco al Otro en un esquema relacional. Y, asimismo, si no soy amado, delineo un lugar desde donde reclamar al Otro ausente.

Y es aquí donde entra mi caléndula. La culo de vieja es un yo que abre espacios para el Otro. Opera decolonialmente. El Yo abierto del que habla Levinas -un Yo que se inicia en el Otro- se opone a la dicotomía que propone el Yo moderno cartesiano para quien el Otro es sólo un fusible: es la otredad radical la que me ayuda a definir el Yo por contraste dentro del paradigma moderno.

Pero la caléndula no podría estar más lejos de esto. Ella mira al rostro, lo cual, para mi muy querido filósofo ya citado, obtura toda posibilidad de matar al Otro. Cuando se mira al rostro del Otro, no hay asesinato posible.

¹ Me refiero a la teoría kantiana por la que los objetos fenoménicos aparecen ante la conciencia del sujeto trascendental como material sensible organizado por la sensibilidad y pensado por el entendimiento. Y, por supuesto, la matriz conceptual kantiana resulta nuclear en la construcción moderna, fuertemente apuntalada por el ensayo “¿Qué es la Ilustración?” del mencionado filósofo. Pareciera que el discurso de la modernidad se concentrara en el cogito del ego occidental para fundar una narratividad universal que sustente la praxis moderna desde el juicio apodíctico que articula el ego trascendental-occidental.

² Levinas dice que "el pensar comienza precisamente cuando la conciencia deviene conciencia de su particularidad, es decir, concibe la exterioridad más allá de la naturaleza 'del viviente'" y este reconocerse particular abre el escenario trans-ontológico, el surgimiento del espacio del Otro, la posibilidad de que surja un canal de comunicación entre el ser y el otro y la emergencia de un espacio común.

³ Podría aventurar –en continuidad con lo señalado precedentemente- que este yo creador del ellos es tan sólo una ilusión poderosamente funcional al proyecto moderno. El ser moderno se enfrenta, en realidad, a la encrucijada de la pérdida de mundo, según Annah Arendt. «La pérdida del mundo de la filosofía moderna, cuya introspección descubrió la conciencia como la única garantía de la realidad, es diferente no solamente en grado de la antigua sospecha de los filósofos hacia el mundo; el filósofo ya no pasa del mundo de la engañosa caducidad a otro de verdad eterna, sino que se aleja de ambos y se adentra en sí mismo» (ARENDT 1974: 383). Si retomo el argumento anterior y a la luz de los conceptos de Arendt, la wordlessness implica la creación del Otro desde la Mismidad –operación diametralmente diferente a la de hallar el Yo en el Otro.

En el caso de mi flor, no sólo no hay asesinato sino que hay una muy profunda abnegación, una devoción por el Otro. Al Otro se lo cura, se lo cuida, se lo nutre, se lo acaricia. Y es en este punto donde el cuerpo ocupa un espacio gravitacional. Mi caléndula cura al Otro (me cura a mí), opera muy directa y profundamente sobre el cuerpo del Otro. Mi tomo del *Herbario* tiene un sentido curativo, casi como un kit benéfico, que provee micro-universos que funcionan como antídotos contra el dolor corporal. Y hablo de lo corporal, y no del cuerpo, en un sentido heideggeriano. Es decir, el cuerpo inmerso en el propio ser, un *cuerpo encarnado*. Un cuerpo que es ser, ontológica y fenomenológicamente.

En mi tomo, el (mi) pasado emerge, no ya como gesto nostálgico sino como presencia activa. La caléndula o culo de vieja –como me gusta más llamarla– es una suerte de catalizador vivencial activo para construir presentes y futuros saludables. La culo de vieja articula pequeñas experiencias sensibles para mitigar los dolores de nuestros seres corpóreos.